
CENTENARIO DE «PEQUEÑECES», NOVELA DEL P. COLOMA. SU INTENCION Y SU SENTIDO

*De cuando en cuando aparecen en el mercado literario actual ciertos títulos de autores o temas religiosos que causan gran impacto positivo o negativo. No es ninguna novedad. En el presente estudio se rememora con todo lujo de pormenores el escándalo que supuso, hace un siglo, la aparición de la novela **Pequeñeces**, del padre Luis Coloma. Sin embargo, la intención del escritor jesuita no era escandalizar, sino todo lo contrario: estigmatizar a los escandalosos de la sociedad de su tiempo. En cuanto al tratamiento literario de la novela, las críticas se han escindido, al calificarla como obra de realismo naturalista, o de sátira social.*

Ignacio Elizalde

EN marzo de 1891, aparecía *Pequeñeces* en los escaparates de Madrid, después de haber sido publicado por entregas en la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús* (Bilbao), el año anterior.

Pocas novelas han alcanzado el éxito y los comentarios de *Pequeñeces*. J. Agustín Balseiro escribe:

Produce tal escándalo y desconcierta tantas opiniones, que si la obra no constituye por sus méritos un acontecimiento literario, el momento en que se le discute marca el más alto grado de temperatura en los comentarios de la novela española moderna. Todavía en 1939 se ha dicho de ella que fue algo así como el estreno de «Las bodas de Figaro», de Beaumarchais, en el París de Luis XVI, poco antes de la Revolución. Es el mayor éxito que ha alcanzado en España novela alguna de cien años a esta parte, la que ha hecho derramar más tinta, enardecido más polémicas y excitado, a un mismo tiempo, el regocijo y la indignación hasta un grado superlativo (1).

Sin embargo, hay que advertir que la obra de Coloma (1851-1915) apenas si ha sido estudiada por la crítica moderna. Se repiten en las historias de literatura los juicios formulados por sus contemporáneos (2). Un ejemplo es lo que dice Angel del Río, en su *Historia de la literatura española*:

(1) J. Agustín Balseiro, *Novelistas españoles contemporáneos*, Puerto Rico, Universidad, 1977, pág. 278.

(2) Todavía aparece Coloma, entre los novelistas modernos secundarios, junto a Octavio Picón y Ortega Munilla, dos autores ciertamente muy secundarios, en el género novelesco, y muy inferiores a él.

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma. Su intención y su sentido

El padre Coloma se convirtió momentáneamente en uno de los autores discutidos con mayor pasión, por la crudeza, cercana a la de los naturalistas, con la que describía el libertinaje de la aristocracia madrileña en su novela «Pequeñeces» (1890). Obra artísticamente endeble en la cual el naturalismo se aviene mal con el fin y el tono moralizador; hoy tan sólo se lee como curiosidad y muestra de las preocupaciones de su tiempo (3).

Ni la novela es tan cercana al naturalismo —juicio de la época— ni está tan muerta, como escribe este crítico. Prueba de ello es las continuas ediciones de las *Obras Completas* de Coloma, la 24 edición de las editoriales de RAZON Y FE y *El Mensajero* (1980) y de la edición de Cátedra (1975), de la que se han hecho varias ediciones más.

Pequeñeces (4), como toda novela, está integrada en su época y responde a la concepción del mundo de su tiempo. Cada ciclo de experiencia humana suele cambiar esta concepción y la crítica, aunque intente ser objetiva, sufre la influencia de la teoría literaria de su época. Como escribe Rubén Benítez, «la novela de Coloma requiere un enfoque nuevo, desde la perspectiva de la novela experimental de principios del siglo XX y no desde la generación realista».

SUFRIMOS, también hoy día, las consecuencias del escándalo que provocó la novela en su tiempo. Los liberales atacaron el fondo moralizador de *Pequeñeces* no únicamente por su índole reaccionaria, sino también por principios estéticos: no cabía dentro de la teoría del arte por el arte. Los tradicionalistas, sin embargo, defendieron el arte docente y tendencioso del autor. Los primeros llegaron a ver en Coloma la encarnación del integrismo jesuítico y creyeron que el autor escribía al dictado del General de la Compañía. Los tradicionalistas y timoratos se escandalizaron del adulterio, tema de la novela.

Hoy continúan sin variación estas dos posturas. Estudiar a Coloma implica un compromiso ideológico. Las dos actitudes encorsetan y estereotipan a Coloma, quien se podría quejar de la misma incompreensión que achacó a sus coetáneos.

Entre las diversas interpretaciones o lecturas que se pueden hacer actualmente de la novela me interesa principalmente su interpretación socio-política, dejando aparte el aspecto literario y religioso. Este estudio interpretativo nos dará sin duda la clave o sentido de la novela y la intención de su autor.

Intención de Coloma

Coloma comienza a escribir la novela *Pequeñeces*, cuando Pereda le persuade a ampliar su campo de experiencia en la novela grande.

(3) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, tomo II, N.Y. 1963, pág. 219.

(4) *Pequeñeces*, Introducción de Rubén Benítez, Madrid, Cátedra, 1975.

Con el convencimiento de que obtendría ud. mayores frutos escribiendo novelas de costumbres que los preciosos cuadros que escribe en «El Mensajero», periódico que no leen los de la acera de enfrente, dije a ud. lo que dije en mi anterior (5).

La dificultad estaba en sus compromisos mensuales con *El Mensajero*, que no le daban tiempo para la novela larga, y que, por otra parte, no cuadraba a la gravedad de la revista. En carta del 14-XII-1887 a Pereda vemos que estaba ya decidido a escribirla:

...y durante todo este tiempo veré si puedo llevar a cabo el pensamiento de la otra obra, que aún no ha recibido la gracia del bautismo. No le sentaría mal el nombre de «La Samaritana».

Y añadía:

El (argumento) que tengo escogido es interesante, práctico, trascendental, lo tengo bien conocido y estudiado y vendrá a dar en una de las llagas sociales más asquerosas de Madrid, como pedrada en ojo de boticario... (6).

ES muy importante para nuestro estudio ver la intención del autor. Por una parte, descubrir las llagas sociales más asquerosas de Madrid. Por otra, nos muestra, en la siguiente carta a Pereda (13-I-1888), después de haber leído *La Montálvez*, la peor llaga que quiere curar. En la novela de Pereda, no encuentra ninguna persona buena. Y concluye:

Pues justamente en ello, en la imprudente ligereza y vergonzosa condescendencia con que en esta clase de mundo se mezcla la mujer honrada con la hembra indecente, es donde estriba el mayor mal de esa sociedad; y a esto precisamente es adonde quiero asentar mi golpe, en la obra que dije a ud. tenía en proyecto (7).

La intención del autor está muy clara y repetida. El 30-III-91, escribía Coloma a Luis Alfonso, después de haber leído los dos artículos que este escritor dedicaba a *La Epoca* (21-III-81 y 24-IV-81) a *Pequeñeces*. Vuelve a insistir en su plan e intención.

...me hicieron concebir el plan de «Pequeñeces» con la recta, sana y exclusiva intención de defender a la sociedad en lo que merecía y atacarla en lo que, a mi juicio, es su pecado capital y el origen y fuente de todas sus deformidades: la vergonzosa condescendencia para el escandaloso, que liberta al vicio de toda sanción social que le marque en la frente como una seña de infamia...

Ahí tiene ud. el plan y el fin exclusivo de «Pequeñeces»: defender contra el contagio del exiguo número a la inmensa mayoría y reprochar a ésta su falta de previsión y de prudencia en no huir del peligro de la lepra (8).

(5) Rafael Hornedo, *Introducción a las O. C.*, Madrid, Cátedra, 1975.

(6) O. C., p. LIX.

(7) *Ibidem*.

(8) O. C., tomo XIX, págs. 27-28.

□

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma. Su intención y su sentido

□

Y sobre todo en el importante prólogo que escribió —no para la edición suelta, como alguno pensó— sino en el primer capítulo de *El Mensajero* (enero de 1890), previendo las habladurías a que podía dar lugar, como así fue, nos confiesa con claridad:

...aunque novelista parezco, soy sólo misionero, y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública y predicaba desde allí rudas verdades a los distraídos que no iban al templo, hablandoles, para que bien lo entendieran, su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico a los que de otro modo no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias... (9).

Hemos insistido en este punto, porque creemos que el sentido más profundo de la novela, el nivel de significación más clarificador es el que la obra es un sermón, o, si se quiere, una sátira. Valera, disgustado por el fondo ideológico de la obra, escribió muy certeramente:

La novela hubiera sido mejor sin ser sátira, y la sátira mejor sin ser novela, y el sermón requetemejor si no hubiera sido ni novela ni sátira (10).

EN esta línea se movía Coloma hasta entonces, en todos sus cuentos y relatos breves que escribía para *El Mensajero*. En esta línea seguirá después en todos sus escritos. Coloma no se olvidó nunca de ser religioso y misionero, poniendo al servicio de altos fines morales sus excepcionales cualidades. Pardo Bazán nos cuenta la conversación que tuvo con él, cuando se encontraba en el colegio de Chamartín, después del escándalo provocado por su novela. Rogó a Coloma que acometiese sin recelo una obra de importancia, donde se estudiasen conflictos pasionales y donde ejercitase su facultad de observación y su personalidad. El padre Coloma le contestó:

—Yo soy un misionero, no un escritor profano. De mi sotana no puedo salirme (11).

(9) O. C., 1960, pág. 475.

(10) Valera, *Currita Albornoz...* en *Relieves y críticas*, O. C., Madrid. RAZON Y FE, 1942, tomo XIX, pág. 161. El P. Eguía en sus artículos sobre «El padre Coloma. Su vocación literaria», publicados en RAZON Y FE, que sirvieron de Introducción a las O. C., Madrid, 1943, recoge los dos cargos que le hicieron: que siendo jesuita hacía novelas y que siendo literato hacía sermones. Pero Pardo Bazán le defiende afirmando que las novelas más célebres, como *El Quijote*, fueron satíricas y añade: «Claro está, que el padre Coloma, satírico, sería más elevado, más enérgico, más notable, si fuese menos retrechero, gitano y saleroso. El carácter meridional del ingenio del padre le perjudica para satírico de los que dan frío en los huesos. Hay, sin embargo, en su libro páginas donde la pluma rasga la epidermis y llega a los tejidos profundos», Pardo Bazán, *P. Luis Coloma*, en *Relieves...* tomo XIX, pág. 122.

(11) Alberto y Arturo García Carraffa, *Espanoles ilustres. El padre Coloma*, Madrid, 1918, pág. 122.

Pero no solamente la intención del autor nos revela el sentido más profundo de la novela. El texto de la obra nos da pie a su interpretación y significado. El título mismo, muy pensado —hemos visto que primeramente quiso titularla «La Samaritana»—, revela la intención del autor y el sentido del texto. Cuatro veces repite esta palabra *pequeñeces*, con gran carga irónica, en el relato, como si quisiera hacerla siempre presente al lector. Cuando la conducta de Currita produce tres «pequeñeces»: «una madre desolada, un alma en el infierno y la moda de los guantes distintos» (p. 524); al explicar «la política romana que llama al pan pan, al vino vino, al vicio vicio, a la infamia infamia y a las pequeñeces monstruosidades» (p. 560); cuando dejan a Currita sola y aislada, volviéndole la espalda en el banco de la capilla las señoras que habían aplaudido como amables pequeñeces sus actuaciones anteriores; y, como colofón, con que termina la novela la pequeñez «de esas que asombran a los hombres y regocijan a los ángeles» de dar el agua bendita la marquesa de Sabadell, al entrar en la iglesia de Loyola, a la condesa de Albornoz, su enemiga que le había hecho tanto daño.

Nos haríamos interminables, si quisiéramos recoger todas las frases y comentarios con los que Coloma pasa del plano anecdótico al plano moral. Así convierte la novela en sermón o pura sátira, con el plano moral dentro de la esencia de la obra, como la sátira social de *Tormento* está en la esencia de la obra de Galdós. Se ha advertido en *Pequeñeces* una fuerza ética que abarca lo personal y colectivo: anticipa en este sentido la preocupación ético-política de los escritores del 98 en su crítica a la Restauración. Rubén Benítez escribe:

En Coloma se evidencia una vez más que la cultura española se resiste a concebir el arte y las técnicas expresivas como valores en sí mismos y afirma siempre, en cambio, la necesidad de que la literatura transmita una visión trascendente del hombre. Esa actitud, vista a la luz de ciertas experiencias artísticas, parece negativa para el progreso de las artes; pero desde el fondo de una cultura asentada, como quiere Castro, en una interpretación mesiánica y espiritualista de la vida, habla de la grandeza de una concepción en la que el hombre y su destino último importan más que los transitorios credos estéticos (12).

COLOMA consiguió hacer la gran novela sobre la aristocracia, después de los fracasos anteriores. *La Montálvez*, de Pereda, estremaba la crítica moral y se perdía en consideraciones abstractas que no reflejaban el mundo real de los aristócratas. *La Vizcondesa de armas* (1887), del marqués de Figueroa, nos daba un cuadro excesivamente detallado de la clase aristocrática, sin ninguna crítica moral. *La espuma* (1891), de Palacio Valdés, no salía de un naturalismo artificial y

(12) Rubén Benítez, O. C., págs. 29-30.

□ Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma.
Su intención y su sentido □

decadente. Coloma sabe reunir con gran arte la descripción perfecta del mundo aristocrático, el detalle naturalista y el propósito moralizador (13).

EL novelista satiriza y ataca algunos aspectos de la conducta moral de sus personajes. Principalmente «esa vergonzosa condescendencia para el escándalo que es, a mi juicio, el pecado capital de la alta sociedad madrileña y el origen y fuente de sus deformidades», escribe (p. 487). Pondera la educación de los jesuitas —el primer y último capítulo tienen por escenario dos colegios jesuíticos— y subraya «la pugna que a veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros» (p. 498) y cómo los hijos inocentes pagan los pecados de los padres «cumpliendo una tremenda justicia divina» (p. 665) (14). Reprocha «el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia eterna de la manzana podrida que comunica a los sanos su podredumbre y gusanos» (p. 593) (15). Pone en el discurso del marqués de Benhacel, el ejemplar de vida de la nobleza que ha desconocido el mandato ético de la consigna «nobleza obliga» (p. 640). Critica incluso a la aristocracia dentro de las instituciones católicas, porque piensa que hacen un favor a Dios al honrarle y sirven a la religión poniendo la piedad de moda, aunque es verdad que, como Currita, no se atreven a cometer un sacrilegio (p. 580). Hace especial hincapié en condenar la política oportunista, «el barrer para dentro», reuniendo a seres puros e inmorales, «escarbando en todo muladar» (pp. 490, 574, 590) (16).

(13) Coloma, al contrario que Pereda, tuvo una visión directa e inmediata de la sociedad que describe y aunque fustiga sus vicios no sintió aversión hacia ella.

(14) Menéndez Pelayo advierte la entristecedora intervención de los niños con un pesimismo más de moralista que de poeta, al presentarlos como víctimas de una expiación hereditaria.

(15) Coloma da gran importancia a esta mezcolanza perjudicial y advierte que en muchas de estas reuniones sociales algo huele a podrido. Y hace fundar a la marquesa de Villasis un salón para «mujeres honradas y hombres decentes». Criticaron el sistema, tanto Valera como Pardo Bazán, que subrayan la imposibilidad, muchas veces, de poder separar la cizaña del trigo, como advirtió el evangelio, sobre todo cuando estaba de por medio la hipocresía y los lazos sanguíneos. Sin embargo, Pardo Bazán adopta esta solución, cuando en *La Quimera*, hace que la condesa de Los Pirineos excluya a los señores Espina de la lista de personas invitadas.

(16) Blasco Ibáñez hace de Coloma un personaje de su novela *La araña negra*, el padre Palomo, y se enfurece con esta crítica del novelista a la actividad política de «barrer para dentro», encarnada en Butrón. (*La araña negra*, Bilbao, 1975, tomo II, págs. 513-527). Cfr. Brian J. Dendle, «Blasco Ibáñez and Coloma's *Pequeñeces*», en *Romance Notes* (1967), págs. 203-3. Para Pardo Bazán, sería esta crítica, en la que tanto insiste, un resentimiento personal, la decepción de su ideal político «que aspiraba a no restaurar solamente una rama de la dinastía borbónica, sino ideas y creencias que juzgara inseparables de la causa alfonsina», O. C., pág. 109.

Definición y análisis de «Pequeñeces»

PODEMOS, por consiguiente, decir que es una novela esencialmente satírica. Cuando Emilia Pardo Bazán y Juan de Valera ven en *Pequeñeces* una novela satírica están más en lo cierto que cuando se esfuerzan en descubrir detalles realistas o naturalistas (17). Es también una novela idealista, como lo advierte el padre Constancio Eguía (18). Llega a la exaltación del idealismo que es el de la sátira. Hay en la novela una visión ideal de la vida que traspasa el mundo real y los personajes para concretarse en una alegoría sobre la condición humana. Benítez define a *Pequeñeces* como una alegoría expresionista.

El carácter casi esperpéntico de la realidad que presenta se debe a la enorme presión que sobre la realidad ejerce una visión ideal; pero no menos, al vuelco de un dolor interior, de la profunda angustia amorosa de quien ha vivido la perdición y el infierno y ha superado su condición. La tensión entre el ideal alto y la realidad baja ha producido lo mejor de la literatura española (19).

El propósito alegórico es muy claro. Por una parte, vemos el monasterio de Loyola, como fuente y refugio de salvación para las almas pecadoras. Por otra, la charca hedionda de Madrid (20). Es decir, el cielo y el infierno. Ese mismo contraste aparece ya en el primer capítulo, entre el colegio de Chamartín, centro de inocencia y educación, y las emanaciones fétidas de la capital. A Diógenes que muere en Zumárraga, camino de Madrid, le llega la salvación de Loyola, con el padre Matheu. El marqués de Sabadell no se salva porque no escucha las voces del confesor, y sufre una muerte sangrienta, infernal. En los bailes de *Pequeñeces* y en sus reuniones sociales se repite la visión de los antiguos Santo Padres: la figura grotesca del demonio, como arrancado a un cuadro de Durero, entre las elegantes damas. El oratorio convertido en gallinero quiere alegorizar la transformación de la grandeza del mundo antiguo y de la dignidad de sus creencias en una vulgar habitación para guardar gallinas. Podríamos ver este sentido alegórico en otros momentos significativos de la novela, que a veces se convierte en visión apocalíptica, con la sombra del juez absoluto que viene a juzgar a todos. El autor se deja llevar de la *ira literaria* de la que habla en el prólogo. Escribe Pardo Bazán:

(17) Valera define claramente como naturalista a Coloma y le aconseja que huya del naturalismo, el cual enseña el vicio en lugar de corregirlo. «Y me atrevo a sospechar que usted se dejó seducir por la moda naturalista y que esta moda entró por mucho en que la novela saliera como ha salido. En vez de pintar las cosas como son o como deben ser, esto es, mejores y más bellas, usted las pinta peores o bien las retrata por el lado más feo, según hoy se estil». Valera, *Currita Albornoz...* en *Relieves...* tomo XIX, pág. 165.

(18) Constancio Eguía, en la Introducción a sus O. C. (Madrid, RAZON Y FE, 1943) pág. XXXII.

(19) O. C., pág. 35.

(20) El léxico de «charca hedionda», «cenagal», «lodazal», etc., está tomado de *La Montálvez*.

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma. Su intención y su sentido

Bello es realmente ese estado elegíaco, cuyo tipo más alto puede encontrarse en el cantor del «Infierno». Viril y en cierto modo sublime, esa indignación generosa y fecunda, esa cólera santa que pasa como el fuego a través de la selva, calcinando los troncos y preparando sobre el lecho de cenizas, los gérmenes de la nueva generación (21).

El mismo novelista que se ha constituido en juez teme que va a ser juzgado y por eso escribe en carta a Luis Alfonso:

Porque la novela es mi púlpito, y en ella tengo la obligación de predicar la moral del Evangelio, no la de los periódicos de moda; y no quiero que en aquel día tremendo en que a algunos de la charca les tocará rechinar los dientes, tenga que rechinarlos yo también repitiendo con el sacerdote contemporizador y cobarde: ¡Ay de mí, porque callé! ¡Vae mihi quia tacui! (22).

NO hay duda que Coloma se mueve en este plano fundamentalmente que nos da el sentido y la significación de la obra. Pero el autor era un novelista de cuerpo entero y su sermón, como nos advierte en el prólogo, quiere transformarlo en novela. Y desciende al plano anecdótico. Y encarna su argumento en la sociedad aristocrática madrileña de la Restauración en la que él vivió intensamente, antes de ingresar en la Compañía. Esta sociedad constituirá la estructura de la novela. El narrador no puede estar situado siempre en un púlpito extremo, pues no habría novela.

Coloma acierta al escoger como tema de su obra la aristocracia madrileña de la Restauración, porque era la materia que mejor conocía. Hubiera sido un fracaso la novela que le sugirieron posteriormente sobre el ambiente de las minas de hierro de Bilbao, tema que aprovechó Blasco Ibáñez en *El intruso*. Pereda fracasó al seleccionar la clase alta para mostrarnos la corrupción y el vicio —clase desconocida para él—, cuando en la mayoría de sus obras escogía a la clase baja. Sin advertir influencias podemos decir que estos dos novelistas de la aristocracia muestran la misma actitud y utilizan la misma materia que Bourget y Maupassant.

Coloma intenta documentarse al máximo. Entre los papeles de entonces encontramos multitud de recortes de periódicos, principalmente de *La Epoca*, como escribe Hornedo. Recoge sobre todo noticias de la sociedad de *Ecos madrileños*: reuniones en los salones de los Larios y la marquesa de Cerralbo; menús de banquetes en la embajada alemana, en el palacio de la duquesa de Bailén; bailes, ensayos de aficionados en el teatro particular de la duquesa de la Torre; funciones en el Teatro Real, conversaciones políticas en el palco del presidente del Consejo, etc. Vemos notas manuscritas tomadas de diversas revistas: *El Museo Universal* y, principalmente, *La Ilustración Española y Americana*. Las secciones más saqueadas son las «Cartas parisienses» y «La revista de Londres», en

(21) El padre Luis Coloma, en *Relieves y críticas*, tomo XIX, pág. 122.

(22) Carta de Coloma a Luis Alfonso, en *Relieves...* tomo XIX, pág. 32.

las que escribían Octavio Picón, Pedro de Prat, etc., y las crónicas de la sociedad española de Asmodeo. Guiados por estas notas hallamos en *Pequeñeces* páginas y dibujos de «La Ilustración», como la mona Jenny —apodo de Currita—, que fumaba en pipa, el oso Bruin del vestíbulo del palacio de Currita, copiado del que tenía Lord Suffield en el suyo de Londres, los negrazos de tamaño natural, que portaban sendos candelabros, etc. Sería interesante observar todas estas referencias. Todas estas notas y detalles, manejados con seguridad y discreción, dan la sensación a la novela de verdad y cosa vivida, que hizo decir al marqués de Villa-Urrutia que era la más histórica de sus novelas (23).

COLOMA tiene la ventaja sobre Pereda de darnos una visión experimental y directa de la aristocracia. Las personas con quienes más trató, antes y después de entrar en la Orden, eran de esta clase social. Coloma, por otra parte, no participa de la visión optimista e indulgente de Valera (24). Este novelista le cree pesimista por la moda naturalista. Pero el jesuita no es pesimista, pues coincide con Pardo Bazán, en «La España Moderna», al darnos en *Pequeñeces* su juicio sobre el número de mujeres honradas existente en la aristocracia madrileña:

Al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable «dessus du panier» del gran mundo, y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas por ciento veinte mujeres honradas (25).

La aproximación de Coloma al naturalismo es puramente técnica. En la visita que le hizo en Deusto Rafael Viesca, en agosto de 1891, echa una mirada a los libros de su estante. Entre otros españoles, vio a Dumas, Goncourt, Flaubert, Zola, etc. Coloma se excusa: «He necesitado ponerme al corriente de los procedimientos de estos autores de novelas para ser leído» (26).

Sin embargo, no faltaron los ataques a su supuesto naturalismo. Luis Alfonso opina que:

«Pequeñeces» recuerda mucho más a Zola que a Goldsmith y si el fin es muy religioso, los medios no pueden ser más profanos... Lo que no se explica es cómo el novelista ha podido escribir tantas y tales crudezas... (27).

(23) «... de todas las obras del padre Coloma, tengo por la más documentada, y no ciertamente por libelo, su novela *Pequeñeces*». *El estilo diplomático, Discurso de la R.A.E.*, Madrid, 1916, pág. 13.

(24) «A mí no me cabe duda en que hay mucha retórica y mucha moda en el pesimismo de usted. Y más me convenzo de ello, cuando recuerdo que he visto bastante mundo, he viajado y visitado grandes capitales, y no he hallado círculo alguno donde sea la gente tan morigerada y más temerosa de Dios que entre nosotros». Valera, *Currita Albornoz...* tomo XIX.

(25) O. C. (Madrid, 1960, pág. 582). Pardo Bazán decía en *La España Moderna* que el número de las que creía culpables «nunca pudo llegar a completar el *Via Crucis*». Tomado de Hornedo, O. C., pág. LXII.

(26) Hornedo, O. C., pág. LXIII.

(27) *La Epoca*, 21-III-1891.

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma.
Su intención y su sentido

Melchor de Palau considera que ha hecho mal en abandonar su antiguo guía, Fernán Caballero, para lanzarse a la zaga de los naturalistas:

Demoleedor, pesimista y agrio... se nos presenta el P. Coloma; como Zola, a quien toma ahora por modelo —hasta ciertos límites—, destruye sin reedificar, y pone más energía y viveza de color para describir a los malos que para hacer agradables a los buenos (28).

Pero nadie, como observa Pattison, vio el parentesco entre la materia de Coloma, esto es, la sociedad aristocrática, y la de Bourget y Maupassant (29).

Ya hemos dado suficientes pruebas de que el recargamiento de tintas negras en sus cuadros costumbristas era debido a su celo fustigador y a su retórica de predicador que exagera los pecados para hacerlos más odiosos. Por esto tanto en Jacobo como en Currita hay excesiva acumulación de vicios y defectos. La sátira incisiva iba más contra los vicios de una sociedad de la que estaba desengañado el jesuita, como lo estaría Pérez Galdós de la sociedad española en su época de novela espiritualista.

OTRO cargo que se le echó en cara fue su no disimulado integrismo. Los comentarios entre los políticos eran sobre si su intención ha sido o no vengarse, en nombre de la Compañía, de la imposibilidad que la Restauración ocasionó de triunfar a don Carlos. «Ya estoy cansado de discutir este punto y no consigo desvirtuar tal impresión». Así escribía el conde de Guaqui a Coloma a primeros de abril de 1891.

Esta opinión apareció en *El Heraldo*, el 13-IV-91, en un artículo firmado con el pseudónimo, Pedro Arbués.

Sabido es que entre los jesuitas nadie se mueve sin orden superior; los actos todos de cada uno de los individuos se encaminan a un fin determinado; fin que muchas veces ignora el autor, convertido en mero instrumento de sus superiores... El P. Coloma, S.J. ha escrito su libro con anuencia o por «mandato» de sus superiores; esto es indudable. Reconocido esto, como hecho indudable, ocurre preguntar: ¿Qué objeto se proponen los jesuitas? (30).

Añadía el periódico que los jesuitas, autores del integrismo, tratan de destruir la aristocracia sobre la que descansa la monarquía alfonsina. Valera no cree en esos «propósitos maquiavélicos de puro profundos y solapados» que supone, suspicaz, en los jesuitas, el vulgo liberalesco (31). A este artículo Coloma contesta, lleno de indignación:

Yo, y sólo yo, soy responsable de lo que hablo y escribo, sin que alcancen

(28) *Acontecimientos literarios*, 1890, págs. 22-23.

(29) Walter T. Pattison, *El naturalismo español*, Madrid, Gredos, 1965, pág. 173.

(30) Hornedo, O. C., pág. LXIX.

(31) *Currita Alborno al padre Luis Coloma*, tomo XIX, pág. 153.

malévolas indicaciones a manchar con culpas falsas que me atribuyen la Orden Religiosa que como madre amo y venero (32).

MAS duro es el ataque de Pablo Morales, personaje muy conespicio del partido carlista, en una conferencia que se publicó en *El Heraldo*. Afirma que el espíritu dominante en la Compañía es el integrismo, contrario a la suavidad y prudencia del episcopado. Ve en la novela *Pequeñeces* «un indicio de vastos proyectos de comunismo católico o socialismo teocrático; una especie de proyecto de falansterio jesuítico» (33).

También Pardo Bazán fue demasiado lejos al afirmar que «Pequeñeces» era la picota de la Restauración y que

La prevaricación esencial de la aristocracia no consiste, para Coloma, en infracciones del Decálogo, sino en la aceptación de la legalidad vigente de la Restauración como bajel turco con bandera cristiana. Su delito consiste en haber fallido a su misión, aviniéndose a las transacciones, la amalgama con los elementos revolucionarios, la libertad de cultos, la desamortización sancionada, la Iglesia, cada vez más segregada del Estado (34).

Los testimonios contra Coloma serían innumerables. *Pequeñeces* es un libelo, una sátira cruel contra la aristocracia y la Restauración. El P. Coloma, un sectario, un discípulo de Zola, un instrumento de los manejos maquiavélicos de la Orden (35).

No hace falta ser integrista para darse cuenta de los defectos de la Restauración tal como se realizó. Para ello no era preciso que Coloma cambiara de ideas en la Orden jesuítica. El jesuita no simpatizó nunca con el carlismo y entre los partidarios alfonsinos de la Restauración ya dijimos que se inclinó por el partido moderado de Alejandro Pidal y Mon, no por el canovista, aunque al final Pidal y Mon colaboró con Cánovas.

Hemos visto cuál fue la intención de Coloma, expresada en repetidas

(32) O. C., tomo XIX, pág. 33.

(33) Pardo Bazán, «Luis Coloma», en *Relieves...* tomo XIX, pág. 133.

(34) En *Relieves...* tomo XIX, pág. 66.

(35) Otra acusación más desorbitada le lanzó Luis Alfonso en *La Epoca*, al sospechar que *Pequeñeces* se alzaba amenazante, cual terrible ariete, sobre la cabeza de un niño inocente. Coloma que era sincero alfonsino no podía ser el autor de aquella amenaza y menos todavía en aquellos días en que España vivió preocupada por la salud del rey niño, el futuro Alfonso XIII, en peligro grave por su recaída en la pandemia gripal de 1890. La sombra de tan ruin sospecha hiere e indigna a Coloma, que escribe: «La lealtad alfonsina no sólo está respetada en todos los personajes de *Pequeñeces*, aun en los que la falsifican, como tantos la falsificaron en aquellos tiempos, en que fui yo propio actor y testigo, sino que en la familia de Benhacel está, por decirlo así, poematizada. No, señor Alfonso; no ha de venir por ese lado, y plegue a Dios que por ninguno, el destierro y el despojo sobre ese niño inocente». Hornedo, O. C., pág. LXX.

□

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma. Su intención y su sentido

ocasiones, al escribir la novela. Coloma, por consiguiente, en *Pequeñeces*, no defiende el integrismo como partido político, como lo defendieron muchos jesuitas en su tiempo. En su novela no aparece ninguna defensa de «El Siglo Futuro», ni de la doctrina de Ramón Nocedal, ni hace referencia al libro de Sardá y Salvany, «El liberalismo es pecado», que solía ser el evangelio del integrismo. Tampoco defiende la postura unilateral, monolítica, agresiva del integrismo y acepta la doctrina moral del mal menor, más comprensiva, cosa que nunca admitió el integrismo. No está nunca en contra de la política más contemporaneizadora de León XIII ni contra la enseñanza de algunos obispos locales, que figuraban entre los «mestizos», en el vocabulario de los integristas. El arzobispo de Toledo, que aparece en *Pequeñeces* defendiendo la unidad católica, no pertenecía a estos últimos; podría ser el arzobispo Moreno.

ASUSTADO Coloma por los ataques de que era víctima en este aspecto político, llegó a temer que la reina Madre se disgustara con él. No fue así, lo cual prueba que esa mujer sensata no dio oídos a tales acusaciones. María Cristina había simpatizado con el padre Coloma desde su visita a Loyola, hacía ya unos años (36). Y no solamente no le molestó la novela, sino que cada día cultivó más su trato hasta hacerle uno de sus más fieles directores de su espíritu. Más tarde daría incluso los Ejercicios Espirituales a Alfonso XIII, parte de los cuales se conservan impresos.

Si entendemos por integrismo el que Coloma presentara a la Iglesia como intransigente en rehusar toda clase de compromiso con el pecado, aunque siempre dispuesta a recibir al pecador arrepentido; el que Coloma defendiera la doctrina de los Pontífices de aquella época respecto a la libertad de cultos, a la desamortización eclesiástica, a la separación de Iglesia y Estado, al Estado aconfesional, cosas que le reprocha Pardo Bazán, Coloma era integrista como casi todos los sacerdotes y religiosos, salvo raras excepciones. Aunque en estos puntos dispuesto a transigir, según la doctrina moral del mal menor, para el bien de la nación, como de hecho aceptó la colaboración de Pidal y Mon con Cánovas del Castillo. Fue necesario que viniera el Concilio Vaticano II para que la Iglesia diera un paso trascendental con respecto a la libertad religiosa y otras libertades, a la separación de Iglesia y Estado, al Estado aconfesional, etc., para que estos postulados se hicieran doctrina corriente, admitida en todos los sectores católicos.

(36) En la carta citada a su hermana Concha (Bilbao, 15-X-87) escribía de esta entrevista: «Es cierto también que la reina me dijo muchas cosas: a mí me ha gustado mucho esta señora, y la impresión que ha hecho por todo el país es muy buena». Hornedo, O. C., pág. 460.

¿Novela de clave?

OTRO cargo importante que se achacó a *Pequeñeces* fue el ser una novela de «clave», con retratos de personas conocidas. En esta época abundan los ataques contra novelistas por este motivo. Podemos aducir el caso de Alfonso Daudet, en *El Nabab* (1877) (37) y el de Fernán Caballero con *La Gaviota* (38) (1853). Y podríamos continuar estas acusaciones hasta el día de hoy.

Coloma había sospechado estas hablaturías y en el prólogo a *Pequeñeces* y en diversas notas en el texto previene a los lectores de buena voluntad, y les manifiesta su intención. Al reflejar el juicio sobre Figueras, Castelar, Pi y Margall, los dos Salmerones... uno de los personajes, en seguida pone en nota:

El autor, que tan sin escrúpulos de ningún género ataca de frente el vicio y a la insolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se halla muy lejos de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que parezca (39).

Pardo Bazán le persuade que no puede seguir en sus retratos la doctrina de los naturalistas. Coloma le escribe:

Cuando estas pinturas honran al retratado, es lícito; cuando ni le honran ni le perjudican, podrá ser más o menos prudente u oportuno, pero no lo juzgo culpable; mas cuando le difaman, entonces es absolutamente ilícito y no puede hacerse sin culpa grave, como con toda difamación sucede. Por aquí puede usted juzgar cuán lejos habré estado yo de retratar a nadie en los personajes de mi novela (40).

Cuando seguía, desde la soledad de Deusto, los comentarios madrildistas nada le dolió tanto como la opinión de que era una novela de clave. Por eso escribe muy amargamente a Luis Alfonso:

Mi libro apareció pertrechado con sincerísimas notas, que por el conocimiento que tengo del terreno puse; y leyóse en él lo que decía y viose lo que debía verse, tipos sociales y no retratos... Mas cayeron sobre él la malicia y el prurito desatinado madrileño de haber sátiras, de poner notas crueles... esa malicia y ese prurito juntos son los que han convertido —ellos y no yo!— en una picota, y atado a las víctimas... Observe usted, si no, qué pocos originales

(37) Se repetía que *El Nabab* era una novela de clave. Se acusaba al autor de ingratitude por haber retratado a su protector el duque de Morny, en el duque de Mora. Daudet contestó que el duque, si volviese a la vida, se lo agradecería.

(38) La autora se defendía de que los personajes de sus novelas eran retratos, porque los originales ya no existen y porque eran también los personajes populares de los cuadros de costumbres, gente humilde a quien nadie conoce. Respecto a los demás, no son auténticos retratos. Las personas que componen la sociedad prestan su rasgo característico, que unidos todos, como en un mosaico forman los tipos que presenta el escritor.

(39) O. C., Madrid, 1960, pág. 531.

(40) O. C., Madrid, 1942, tomo XIX, pág. 36.

Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma. Su intención y su sentido

se han buscado a las santas y hermosas figuras que junto a las caricaturescas o malvadas presento en mi libro (41).

Y en otro pasaje de la carta escribe que «pocos se han fijado en “las hermosas figuras que venero, como tipos no fingidos, de la aristocracia española: La duquesa de Astorga, Genovena Butrón, La marquesa de Villasis, la de Sabadell, el marqués de Benhacel”, tipos de lealtad alfonsina y de honradez cristiana. Y más adelante insiste en la carta a Luis Alfonso en que “si sabe de alguna persona respetable a quien esos murmullos que usted denuncia hayan ofendido o molestado dígame en carta privada, y dígame también cómo, cuándo, dónde y de qué manera quiere esa persona que le satisfaga; porque dispuesto estoy, a trueque de desagradar en lo que no la he ofendido, y de defenderla en lo que no le he atacado”».

Todavía diecisiete años después, se indignaba al recordarlo, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española.

Del que más se habló fue del marqués de Butrón duramente caricaturizado por su política de «barrer para dentro». Ya Valera en su *Currita Albornoz...* sugería el nombre del marqués de Molins, de Jerez de la Frontera, también velludo como el marqués de Butrón. Coloma le contesta:

Si realmente el marqués de Butrón se parece a Molins, soy yo el chasqueado, pues creí siempre a éste otra cosa muy distinta, y el único punto de contacto que les he encontrado, examinando mi creación a posteriori, es el ser ambos peludos (42).

Otros pronto encontraron parecido con el marqués de Alboloduy, figura destacada del partido alfonsino, jerezano en la época de la Restauración, en cuya casa tenía un teatro, donde consta que representó Coloma y en él se tuvo alguna reunión de señoras para ayudar a los heridos del Norte. Lo más probable es que Coloma, como los demás autores realistas, tomara rasgos de distintos personajes reales, que no se les pueden aplicar a uno determinado. Como es uno de los personajes más satirizados por el autor, le amargó que creyeran sus dos amigos que se había inspirado en ellos.

Con respecto a la condesa Albornoz, se señalaron varias aristócratas, entre otras, a la marquesa de Villahermosa, sin que sus nombres llegaran a la prensa.

Del caso de Jacobo Sabadell dice Coloma en una ocasión «histórico personaje». El marqués de Lema afirma que, no obstante la protesta de Coloma «de que su famosa novela *Pequeñeces* fuese lo que llaman los franceses “Roman à clef”, es indudable que muchos caracteres de la personalidad interesante del marqués de Sardoal entraron en la noveles-

(41) O. C., tomo XIX, págs. 29-30.

(42) O. C., tomo XIX, pág. 36.

ca del marqués de Sabadell» (43). Algunos datos que estudia Lema concuerdan con el Sabadell de *Pequeñeces*. Coloma, por otra parte, trató con la virtuosa marquesa de Sardoal, y estaba, por consiguiente, enterado de la desgraciada vida familiar de la marquesa por causa del marido. Pero el caso del marido infiel y derrochador de los bienes de la mujer, como el Jacobo de *Pequeñeces* es de todos los tiempos. Además Sabadell aparece implicado en el asesinato de Prim, cosa ajena totalmente al marqués de Sardoal.

Coloma habla de «Pedro López, el cronista de los salones elegantes que acudía a las comidas y saraos con los bolsillos del frac forrados de hule para poderse llevar a mansalva dulces y emparedados» (44). Genaro Cavestany en sus «Memorias de un sesentón sevillano» confiesa que Coloma alude a un conocido cronista de salones madrileños que siendo lo bastante rico para comer dulces de su bolsillo, dio en la manía de que éstos entraran en su bolsillo de manera tan singular. No nos dice el nombre, pero Fernández Almagro une el hecho al célebre cronista de salones Ramón de Navarrete, que hizo popular el pseudónimo de Asmodeo (45).

COLOMA describe en *Pequeñeces* la castiza manifestación de mantillas y peinetas, organizada por las damas alfonsinas en desagravio a Currita por el afrentoso registro de su palacio. Enterado oportunamente el Gobierno del proyecto, se puso al habla con Claudio Molinos «bribón consumado», reclutador de «la partida de la porra» para organizar una contramanifestación (46). Al pie de la descripción pone Coloma la nota: «histórico todo». Y Felipe Ducazal, fundador de *El Heraldo de Madrid*, organizador de la partida de la porra, y, más tarde, empresario de teatros, se hace cargo de la acusación de Coloma en carta publicada en *El Heraldo de Madrid* (3-IV-91). Pero con tono mesurado y noble. Ducazal describe con más detalles y exactitudes el hecho histórico y dice que el resultado fue magnífico.

La algarada más sonada fue la relativa a los personajes principales de la novela y la que hirió más a Coloma. Sobre los personajes secundarios y situaciones históricas, la inspiración del autor fue más concreta y no tan conflictiva. Ya dijimos que se documentó muy concienzudamente y reprodujo muchos detalles y sucesos históricos que aparecieron en las revistas de su tiempo.

El alboroto de la prensa ya pasó y ahora, a través de nuestra perspectiva de lejanía histórica, nos parece la mayor parte de las veces infundado

(43) Marqués de Lema, *De la Revolución a la Restauración*, II, pág. 508.

(44) O. C., pág. 628.

(45) M. Fernández Almagro, *Cánovas. Su vida y su política*, Madrid, 1951, pág. 135.

(46) O. C., pág. 509.

□ **Centenario de «Pequeñeces», novela del P. Coloma.**
Su intención y su sentido □

y ridículo. Pardo Bazán salió en defensa de su amigo, el novelista, y le defendió de los ataques que le dirigieron desde distintos campos. Nos da una razón en su obra «Retratos y apuntes literarios», que, entre otros motivos, puede explicar las acusaciones y ataques que suscitó *Pequeñeces*:

Hacia el religioso autor, como hacia la mujer autora, la intención está siempre impurificada; hay una prevención sorda y tenaz, fruto de esas ideas hechas que Spencer llama preocupaciones hereditarias emocionales. El religioso y la mujer son escritores maniatados. Rompen sus ligaduras, claro está; pero la gente recoge los pedazos y les azota con ellos el rostro (47).

(47) Alberto y Arturo García Carraffa, O. C., págs. 108-109.